

SAN JOSE -:- PEKIN

(Crónica de un viaje a la Primavera de los Pueblos)

Por ADOLFO HERRERA GARCIA

NOTA: Se repite íntegro este artículo a solicitud del autor, porque en la entrega anterior equivocadamente no se corrigió.

Volvimos al avión, y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos en el aire, sobre Minsk, con la proa puesta a Moscú. Miramos por las ventanillas hacia abajo: todo está cultivado. Vemos de vez en cuando las casitas de las aldeas, de los koljoses, en medio de los trigales; se ven las bodegas, los silos, los edificios colectivos, la escuelita, entre aquella inmensa esmeralda que espejea bajo el sol otoñal. Es posible ver a simple vista el plan de conservación del suelo que se sigue aquí: los cuadros de cultivos están bordeados de hileras de bosques, y los ríos, las lagunas, las fuentes, tienen vallas espesas de florestas. Desde el avión se aprecia la planificación esmerada y amplísima, bajo la que se han tomado las providencias científicas para que el suelo no se agote, no se vaya, no se erosione, ni por el escurrir del agua de las lluvias, ni por las ventoleras de aquellas llanadas. A veces, se ha dejado exprofeso sin cultivar un gran pedazo de suelo. En vez de labrarlo, se ha hecho crecer el bosque para que los árboles produzcan sus beneficios en toda la contornada. La planificación es gigantesca, como sólo puede hacerse en un país donde no se encuentren las trabas que siempre opone a planes semejantes la propiedad privada, primera causa de la erosión del suelo.

EN MOSCU AL FIN.

A las cuatro de la tarde, con un sol que es como el de diciembre en Costa Rica, bajamos en el aeropuerto de Moscú. Una comisión del Comité de la Paz ruso está esperándonos. Hay un ruso, bajo, delgado, de unos 50 años que toma nuestras maletas y ordena en la aduana que no se registren. Hay una mujer benéfica, bondadosa, —se me parece en su cara a Luisa González—, que nos lleva a un automóvil alargado, grande, negro, cómodo, de siete asientos. Y hay una profesora americana, que vive en Moscú, —cara de institutriz idealista— que se acomoda a nuestro lado mientras el carro —el más lujoso en que me he montado hasta el momento— arranca potente por una carretera recta, anchísima, en la que se han sembrado a todo lo largo, a uno y a otro lado, miles y miles de árboles ornamentales. Vamos para el centro de Moscú. Cinco kilómetros después, sobre la carretera solitaria —no hay casas ni edificios a su lado en un larguísimo trecho— comienzan a evolucionar ocho auto-giros. La americana, en inglés, nos explica:

—“Están rociando de insecticidas los sembrados de ese lado”.

Parecen moscas gigantes que se detienen en el aire, que se elevan, que se bajan, que retroceden...! Nos quedamos viéndolos. No es sino hasta ahora que los conocemos. Pero ya, en ese momento, a la derecha, lejana y aparentemente cerca empieza a verse la Universidad de Moscú. Es de tal belleza su edificio, que obsesiona. No podemos despegar los ojos de su fábrica monumental, airosa, grácil, liviana en su majestuosidad. Tiene la solidez del cañón y la gracia de la Giraldada! Da la idea, acentada en medio campo, en un prado

limpio de edificios, despejado, que es una paloma que va a echar a volar! Y tiene veintipico de pisos...

Corremos velozmente en el carro, y pareciendo que ya llegamos, transcurren muchos minutos, —treinta creo yo— y todavía no pasamos frente a ella. Cuando llega ese momento, cuando ya la dejamos atrás, siempre la seguimos viendo, con su grácil airosidad, con su combinación obsesionante de fuerza y de levedad.

Por fin, más allá, comienzan a verse algunas casas de madera, de ventanas estrechas. Estamos ya en los alrededores de Moscú. Estas casas viejas son de antes de la revolución. Me imagino entoces “los cien días que conmovieron al mundo”. Pienso que de estas casas, en una neblinosa noche de noviembre, salieron los obreros de Moscú hacia el centro, a tomar el poder, callados, caminando suave, “como un ladrón en la noche”.

La señora americana me señala un gran edificio. Dice que es un hospital. Está rodeado de jardines con estatuas. Yo no lo miro mucho. Me obsesionan las casas viejas de antes de la revolución. Miro sus aleros. Miro sus puertas. Miro sus ventanas. He leído tanto de aquellos días, que me parece que yo conozco esas casas, esas esquinas viejas, esos edificios en los que creo que voy a ver las escarapeladuras de los balazos del 7 de noviembre.

HOTEL NACIONAL.

Ya el carro salió de la carretera y se metió en una calle de Moscú. Un edificio alto, de portalón inmenso, con una corona de estatuas en todo lo alto, me llama la atención.

—Es una de las puertas del “Metro” de Moscú— me dice aquella señora que se me sigue pareciendo a una maestra mía de segundo grado.

El carro ha enfilado por la calle, recto. Hay edificios nuevos, de alto; hay casas viejas. Pero conforme se avanza hacia el centro esa calle de los aledaños se ensancha, y por fin, corremos por una avenida, de doscientas varas de anchura, con bellísimos edificios nuevos a uno y otro lado, con una hilera de árboles al centro, despejada y clara, sobre la que los aires lavados de Moscú mueven en los mástiles unas banderas rojas.

Al doblar una esquina, sobre un puente, vemos las murallas del Kremlin a mil varas, con sus torres, en cuyas puntas se encienden las estrellas, y las otras, las torres doradas en forma de cebolla, que se recortan nítidamente contra el celeste de la tarde moscovita. En el otro lado de la calle —una rúa anchísima, tan ancha y tan clara que da sensación de desahogo—, se detiene el carro. Nosotros bajamos. Estamos en el Hotel Nacional. La puerta es de cristales. Se empuja. Un ujier uniformado, de cabellos blancos, nos saluda, nos toma las maletas, y nos lleva a la oficina. Hay una mujer de cuarenta años y una muchacha de 20. Las dos sonríen. Nos piden los nombres, y luego nos mandan al ascensor. Subimos al cuarto. Es una “suite” con oficina, sala, baño y dormitorio. Los muebles tienen una rancia aristocracia antañona que sin embargo, sin haberla disfrutado yo nunca, sin saber por qué, me es familiar. Pongo las maletas en el suelo, me dirijo a la ventana, la abro y miro. Frente a mí está el Kremlin, que comienza a encender sus estrellas rojas, en la dulce agonía del véspero otoñal.

CONTINUARA